





—Sí.  
—Há llamado la señora?

—Sí.

—¿Cómo? ¿Qué decís? ¿Qué intentáis hacer?

—Cuando la última vibración de la campana se perdió en el espacio, la

Enriqueta Lozano de Vilchez. 165  
doce en la glorieta de la derecha  
vuestra hermana. —  
—Estoy segura de que mi Consuelo,  
Después de doblado el billete y  
puesta la dirección, tío del cordón  
de la campana y un criado se pre-  
sentó. —  
—Esta carta donde dice el sobre;  
al instante  
El criado se inclinó y salió.  
—Consuelo se dejó caer en un sillón  
abatida y espantada ante el paso que  
iba á dar.

—El anciano general que desde el  
fondo su despacho acaba de oír la  
campanilla del cuarto de la joven, se  
levantó precipitadamente temeroso  
de algún accidente, y corrió con la  
ligerza que le permitían sus piernas  
de setenta años.

Al llegar á la antesala, se encontró

á Felix, el criado que llevaba la car-

ta.

—Há llamado la señora?

—Sí.

172 Consuelo  
sentimientos la venderán, y a sup-  
esar, su acento iba acaso á revelar lo  
que pasaba en su corazón.  
Entre estos temores prosiguió, bus-  
cando una palabra que aunque in-  
certa para ella, fijase la conversa-  
ción. —  
—Carlos, me han dicho ayer que  
ibais á partir.

—Y yo?

—Si; y yo apruebo esta ausencia;

todos estrañan que hayáis abandonas-

do vuestro puesto, que permanecáis

en la inercia; buscan los motivos y

pretenden penetrar los misterios de

vuestro corazón para adivinarlos.

—¿Y quién se ha atrevido á hacer

llevar hasta vos la murmuración ó la

calumnia? esclamó el joven creyendo

por lo que acababa de oír, que Con-

suelo sabía la escena de aquella tar-

de. —Yo os juro que el miserable paga-

rá con su vida; ¡bien se lo hice com-

prender!

Enriqueta Lozano de Vilchez. 169  
Página anterior de Ayer.  
173  
Enriqueta Lozano de Vilchez. 173  
—Obligar al cobarde Alvarez a que  
se desmienta, á que os proclame la  
más pura de las mujeres. Una palidez mortal cubrió las me-  
gillas de Consuelo.

—Con qué se duda de mí? ¡oh!  
¡Dios mío! Dios mío! murmuró oculta-  
ndo el rostro con las manos mien-  
tras una lágrima rodó por entre sus  
blancos y finos dedos.

—Un desafío... —  
—Calmaos. —  
—Pero, ¿de qué se me acusa? pre-  
guntó la joven con tristeza.

—Carlos comprendió entonces su  
error, mas nada contestó.

En el sitio que acababa de abando-  
nar la joven, llamó su atención un  
objeto blanco que se destacaba en el  
fondo oscuro de la yerba.

Quiso volver pero sintió á lo lejos  
los ladridos del perro del jardinero,  
y tuvo tiempo para alejarse rá-  
pidamente. —  
—Media hora después todo estaba  
á su quieto y solo en la casa del gene-  
ral.

De pronto Consuelo se estremeció,  
sus lábios se agitaron, y murmuró  
entre susurros el nombre de Carlos.  
La frente del general palideció ba-  
jo sus canas.

